

LIBROS

El control de la escuela

Al final de uno de los trabajos que componen su *Educación y lucha de clases* (1), cuenta Anibal Ponce del tirano argentino Juan Manuel de Rosas que la desconfianza que le inspiraban a éste las escuelas, en las que veía peligrosos semilleros de subversión, le hizo colocar al frente de la enseñanza primaria nada menos que a su jefe de Policía. Es una reacción equiparable a la de un Pinochet nombrando a generales de su confianza como rectores de las Universidades chilenas. La razón es clara: controlar la escuela es asegurarse el control del Estado y sus aparatos ideológicos. De ahí el revuelo que se origina cada vez que alguien osa poner en tela de juicio el "statu quo" en materia educativa.

Lo estamos viendo aquí y ahora con la exigencia cada vez más descarada por parte de ciertos grupos de presión religiosos de eso que llaman eufemísticamente "libertad de enseñanza", y que no es, de hecho, sino el mantenimiento de las ventajas acumuladas a lo largo de siglos de exclusividad ideológica, intensificadas durante los cuarenta años de dictadura.

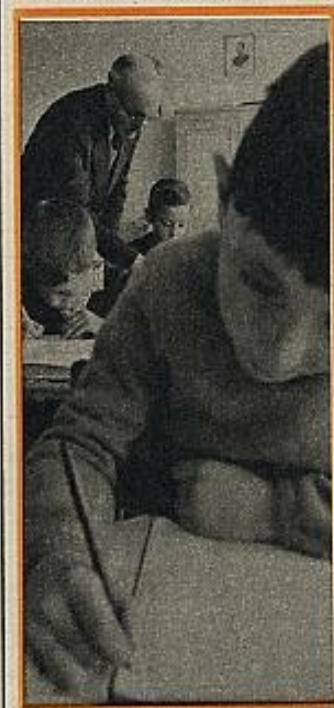
Esta relación entre educación y lucha de clases no es, por supuesto, ninguna novedad. No hay más que mirar hacia atrás, como hace Anibal Ponce en los trabajos citados, en los que pasa revista con jugosa erudición y desde una óptica estrictamente marxista a las reformas y revoluciones que en ese campo se han sucedido desde la aparición misma de la sociedad de clases.

Verdaderas revoluciones, señala el autor, sólo ha habido dos: la primera la constituye el paso de la educación como función espontánea a la vez que difusa del conjunto de la comunidad a su asunción, como tarea especializada, por parte de un grupo privilegiado, poseedor de conocimientos de tipo organizativo o de índole mágica y exento en cualquier caso del trabajo material a que debía entregarse el resto de la comunidad.

Hasta la segunda revolución, que tiene lugar cuando la burguesía se libra definitivamente del feudalismo, en el siglo

XVIII, sólo cabe hablar, según Ponce, de reformas profundas. Reformas que han seguido siempre a transformaciones económicas como la que se produjo en Atenas cuando la nueva clase de los comerciantes, armadores, etc., sustituyó a la hasta entonces hegemónica de los terratenientes. O cuando, en Roma, los esclavos liberados y los pequeños propietarios arruinados comenzaron a dedicarse al comercio y a la industria. Las necesidades de las nuevas clases hicieron que surgiese un nuevo tipo de educación volcado hacia lo práctico en lugar de hacia lo teórico-especulativo.

En el Imperio romano se oficializará progresivamente la enseñanza pública, hasta el punto



de que serán las ciudades quienes nombren a los profesores a partir de la llegada de los Antoninos. Más tarde, Juliano se reservará incluso el derecho a confirmar esos nombramientos. Seguirán a lo largo del Medioevo reformas tan fundamentales como la creación de las "Universidades de maestros y estudiantes", que asegurarán a la incipiente burguesía el dominio del foro y de la burocracia. A su vez, el Renacimiento propondrá el modelo ideal del hombre nuevo, capaz de dedicarse con igual fortuna a los negocios bancarios que a la diplomacia o la guerra. Ni que decir tiene que será ése el hombre de una clase que tardará todavía un par de siglos en conquistar su definitiva hegemonía política.

El XVIII será el siglo de los grandes ideólogos ilustrados y los grandes pedagogos de la

burguesía: Rousseau defenderá en su *Emilio* un tipo de educación egoísta propia del individualismo de la clase a la que tan extraordinariamente representa; Condorcet propugnará la libertad de enseñanza frente a la intervención estatal hasta el momento mismo en que la burguesía revolucionaria tome efectivamente el poder. A partir de entonces se declarará partidario de esa misma intervención que antes repudiaba. Pestalozzi, el pedagogo por excelencia, es un conformista para quien el orden social es obra del Ser Supremo, por lo que defenderá una educación reformista ajustada a las necesidades diversas de cada grupo social.

Así llega Ponce en su ágil recorrido por la Historia hasta las técnicas "racionalizadoras" de comienzos de este siglo —las de Binet o Montessori—, que marcan el abandono del estricto individualismo de los sistemas anteriores en beneficio de una cierta socialización o trabajo en común, en el que el autor encuentra un paralelo con la propia organización del trabajo en la moderna fábrica. Corriente "metodológica" esta última que coexiste con la que el propio Ponce llama "doctrinaria", según la cual la escuela sería una especie de esfera autónoma donde "el espíritu vive en la plenitud de su libertad" (Giovanni Gentile, apologista del fascismo italiano). Como si hubiese alguna esfera de la vida social que no estuviese atravesada por los conflictos y antagonismos de clase. Como si la escuela no fuese precisamente el ámbito privilegiado donde la clase hegemónica primero trata de neutralizar las aspiraciones de quienes pugnan por sustituirla. El gesto del tirano argentino tenía al menos la ventaja de su transparencia. ■ JOAQUÍN RABAGO.

El terror como fantasía

La proximidad en su fecha de publicación en castellano y el pertenecer a una colección de la misma editorial reúne dos novelas publicadas con casi sesenta años de diferencia, pero con el común denominador de la fantasía terrorífica como telón de fondo de sus relatos. Es necesario aclarar lo que entendemos por este discutido término. Con el crítico Louis Vax, lo fantástico "se deleita en presentarnos a hombres como nosotros, situados súbitamente en presencia de lo inexplicable, pero dentro de nuestro mundo real"; a diferencia de lo *feérico*,

donde el entorno donde tiene lugar la acción está totalmente fuera de la realidad y en el que, en consecuencia, cualquier cosa, por imposible que sea, puede ocurrir sin leyes ni explicaciones de ninguna clase. Roger Caillois afina aún más la definición de Vax, manifestando que "el marco de lo fantástico no es el bosque encantado de 'La bella durmiente del bosque', sino el opaco universo administrativo de la sociedad contemporánea. Traspuesto a la Edad Media o a la antigüedad, un relato fantástico perdería su poder. Es que allí lo sobrenatural es, si puedo decirlo, más natural".

Ambas novelas, pues, reúnen esas dos condiciones: relatan el choque de hombres normales contra lo insólito —como quería Vax— y transcurren en el preciso mundo actual, como quiere Caillois. Un elemento más: la presencia imposible que entra en sus vidas es patente o solapadamente hostil y amenazadora. Y aquí ya entramos en lo terrorífico o, para hablar en terminología lovecraftiana, en el universo de lo "numinoso".

Swift, como tentación, para empezar. Ese gran pesimista y amargo crítico de la sociedad de su tiempo que fue Jonathan Swift, aquel tory bajo Walpole que quería "atormentar al mundo y no divertirlo", no ha dejado de ser imitado y seguido durante los últimos dos siglos y medio. Probablemente el más reciente de estos homenajes sea esta novela de John Christopher (1), en la que quizá no sea casual que su acción transcurra en Irlanda, patria de Swift, y objeto de una apasionada defensa a lo largo de muchos de sus escritos. Una vez más, un cosmopolita grupo de buenos burgueses se enfrenta con la conflictiva presencia de los *gnomos* vivientes en el marco casi gótico de un viejo caserón perdido en los brezales de Irlanda.

Este inesperado viaje a Lilliput plantea una serie tal de problemas —desde la agresividad de la raza humana a su incapacidad para la tolerancia— que, también como en el caso de la obra de Swift, convierte casi en filosófico y político el relato de lo fantástico. Porque a Christopher le gusta jugar limpio, y si le gusta someter a lo científico y lo racional a la prueba de fuego de la fantasía, no parece sentir menor placer al probar la solidez científica de lo fantástico. Realiza así un notable malabarismo entre soluciones y destrucciones que queda inacabado al volver la última página de la novela. Todo ha quedado

(1) John Christopher: *Gente menuda* (Little people). Editorial Bruzguera-Libro Amigo, Barcelona, 1978.

(1) Edición revisada y anotada por Héctor P. Agostí. Edit. Akal, Madrid, 1978. 189 páginas. El libro apareció en 1936.